

INDIANISMO ROMANTICO EN "CUMANDA"

Trinidad Barrera
Universidad de Sevilla
España.*

La opinión más extendida sostiene que con Mera se inaugura el género novelesco en Ecuador,¹ dentro de los causes de un romanticismo de ala conservadora, al estilo del autor de *El genio del cristianismo* (1802).

Cabría preguntarse por qué eligió Mera la faceta más reaccionaria del romanticismo. Varias explicaciones son posibles; en primer lugar, una razón personal, de adecuación ideológica a su propio sentir, su conservadurismo católico y político, de ahí que Benjamín Carrión nos hable de "Cumandá: propaganda ideológica que utiliza el arte... propaganda católica, arte al servicio de una doctrina".² La creencia en Dios y en los principios de acatamiento a sus designios todo lo puede: fray Domingo puede ser redimido de sus injusticias gracias a la fe, así como los indígenas convertidos pueden sentir el influjo divino hasta llegar -según el autor- al arrobamiento religioso:

"¿Qué pasaba en esas almas? Lo que pasan en todas las que aman a María, cuando a ella se dirigen: una dulce emoción, una inefable ternura, una confianza sin límites, un no se qué propio de

* Nota: La autora presentó este trabajo como ponencia en el XVII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, en la ciudad de México, 22-26 de agosto de 1988.

1. No opina así Alejandro Carrión en su libro *Trece años de cultura nacional*, Quito, para quien la novela ecuatoriana habría comenzado a fines del XVIII, con dos obras: *Viajes de Enrique Walton* de Ignacio Flores y *Carta riobambenses* de Eugenio Espejo. Los siglos virreinales habían sido ricos en leyendas y tradiciones que fueron venero de obras de ficción posteriores. Curiosamente la *Historia del reino de Quito* del jesuita Velasco,

escrita en el destierro, además de su valor histórico ofrece múltiples elementos literarios. Carrión, Benjamín: *El nuevo relato ecuatoriano*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1950, p. 55.

la sencilla fe cristiana y de la esperanza en la Reina del Cielo, que habla en divino lenguaje al espíritu del niño, de la joven, del guerrero, de la viuda, conforme lo han menester sus sentimientos y necesidades, sus recuerdos y aspiraciones" (Cumandá, cap. XVII).

En segundo lugar, el propio carácter del romanticismo ecuatoriano. Ecuador conoció un romanticismo tardío, -no tuvo una primera generación romántica-, después de Olmedo se produce un silencio en el proceso de la poesía ecuatoriana. El romanticismo surge a mediados del XIX y en su implantación tuvo gran importancia el viaje del español Fernando Velarde a los países del Pacífico. El marcaría para estos países un carácter muy distinto al que tuvo el romanticismo en los países pampeanos -de importación francesa-. Los territorios de la costa pacífica conocen, pues, un romanticismo delicuescente, de herencia española, y, concretamente, en Ecuador la declamación y la leyenda serán los frutos más llamativos.

Entre la generación de Olmedo y la de Mera y Zaldumbide existe un vacío del que se quejará el ambateño:

"Cuando comencé mis estudios y me di a los ensayos poéticos, nuestro gran Olmedo había muerto ya, y no quedaban para el manejo de la lira sino ingenios que, faltos también de acertada dirección, andaban a ciegas y dando traspies como yo"³

Además, el romanticismo no pudo ser virulento en Ecuador porque este país estaba imbuido del estudio y la veneración de los clásicos. El clasicismo de Montalvo no ofrece dudas y Mera, fundador de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, fue un escritor castizo, que se confiesa (a Rubió) ecléctico en literatura:

"No me he alistado nunca en ninguna escuela, ni avenídmme con ningún jefe... Unas veces he llamado a las puertas de una escuela, otras he penetrado en otras para dejarla luego... Sin embargo, nunca hice caso omiso del arte, y para estudiarlo y comprenderlo a mi modo, me acogí a uno como eclecticismo literario"⁴

Ecléctico que debemos entender en el sentido de hurgador en

3. "Carta a Rubió y Lluch", en Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana desde su época más remota hasta nuestros días, Barcelona, Cunil Sala, 1893, 2a. ed., p. 608.
4. *Ibidem*, p. 607-608.

diversas escuelas y variantes de la época, que van desde su romántica Cumandá al costumbrismo y realismo de las Novelitas ecuatorianas.

Cuando Mera publica Cumandá ya había aparecido las más significativas novelas románticas. La obra maestra de este periodo, María, llevaba doce años en el mercado, e incluso se habían hecho dos ediciones más (1869, 1878) en Colombia -además de otras por entregas, en Buenos Aires y México, así como la edición chilena de 1877-. Amalia (1851-1855) aún era anterior a las colombianas. Toda una tradición romántica de cuño americano o foráneo se respiraba en el ambiente, a lo que habría que añadir la inclinación personal del escritor por los temas indianistas, ya puesta de relieve, con anterioridad, en sus versos.

Sin embargo, dentro de la literatura ecuatoriana, Cumandá no tiene precedentes, y aunque tampoco tendrá sucesores en su misma línea, no hay que olvidar que este país ha sido uno de los que más frutos indigenistas cosechó con el tiempo. En la década de los treinta, la novela ecuatoriana centró su atención en los males sociales a través de la protesta y la denuncia: el grupo de Quito, el de Austro, el de Guayaquil vinieron a demostrarlo; y aunque sólo sea como pequeña muestra, ya en la novela de Mera se encuentran frases que serán afortunadas en el futuro:

"Con frecuencia hacían los indios estos levantamientos contra los de la raza conquistadora, y frecuentemente, asimismo la culpa estaba de parte de los segundos por lo inhumano de su proceder con los primeros" (cap. VI).

Por ello, estamos de acuerdo con Fernando Alegría cuando dice que "la tragedia de Orozco es el resultado de la tiranía que el jefe de la familia ejerce sobre los indios y la rebelión de éstos, más que una venganza, es una protesta contra la injusticia y el abuso de que son víctimas".⁵ Aunque también es cierto que Mera, fiel a su época y a su pensar, creía que la situación del indio podía ser redimida por medio del evangelio católico, sin que cuestione la situación social, base del problema. Orozco es un latifundista que "poseía una hacienda al sur de Riobamba", "no era un mal hombre; pero no obstante, hacía cosas propias de muy malo", y aún se desprende cierta disculpa a su conducta y, por supuesto, no hay condena total por los innumerables atenuantes que Mera da:

5. Alegría, Fernando: Historia de la novela hispanoamericana, México, Edic. de Andrea, 1974, 4a. ed., p. 80.

"Arraigada profundamente en europeos y criollos, la costumbre de tratar a los aborígenes como a gente destinada a la humillación, la esclavitud y los tormentos, los colonos de más buenas entrañas no creían faltar a los deberes de la caridad y de la civilización con oprimirlos y martirizarlos" (cap. VI).

Y más adelante prosigue:

"Con todo, fray Domingo (Orozco) quiso aprovechar de él e indemnizar a los indios en lo posible, el daño que les había causado; para esto pensaba que lo mejor sería consagrarse al servicio de las misiones" (cap. VI).

En suma, la postura de Mera se atiene a dos puntos. Primero, la queja contra la situación de abandono en que se encontraba el indio de la selva por negligencia gubernamental. Así lo reconoce en carta a Varela:

"En mis escritos, en las legislaturas a que he concurrido, en los empleos que he desempeñado, he sido defensor constante de los indios contra las preocupaciones y los abusos de la gente de mi raza; pero los abusos y las preocupaciones han sido más poderosos que todos mis razonamientos y mis esfuerzos... la herejía de los vicios y defectos de nuestros abuelos no ha desaparecido del todo entre nosotros, y sirve de rémora, no sólo al mejoramiento de la condición de los indígenas, en buena parte sujetos aún a injusto y duro trato, sino también al progreso de los mismos que nos ufamamos de pertenecer a una raza superior".⁶

Palabras que nos sirven de enlace con el segundo punto apreciado en esta novela, la confirmación del mal trato dado a los indios por parte de algunos desalmados, que provocan lógicas reacciones de aquellos.

Frente a esta situación, Mera, como católicos, elogiará la labor positiva de las misiones jesuitas en el Ecuador (cap. V), así como postulará el perdón mutuo ejemplificado en los padres respectivos de Cumandá: fray Domingo y Tubón. El incipiente propósito social de esta novela no puede soslayarse aunque se necesiten todavía varias décadas para que -bajo ideologías distintas- se esboce una protesta abierta y sin atenuantes.

La preocupación por el indio y el odio racial apuntados aquí se ahondará

6. Ojeada, op. cit., p. 545 y p. 553.

en la narrativa ecuatoriana posterior. Así, el contraste social entre razas aparecerá en la *Eglóga trágica* (1910) de Gonzalo Zaldumbide y en *La embrujada* (1925) y *Plata y bronce* (1927) de Fernando Chaves. Pero es con Luis A. Martínez y su novela *A la costa* (1904) cuando se abren perspectivas que germinarán en la generación siguiente, la de Icaza, Chávez, Rojas, Gil Gilbert, Aguilera Malta, etc., atenta tanto a los asuntos sociales y étnicos como a las divisiones políticas o geográficas del país.

Pero la preocupación por el indio en Mera puede ser examinada desde otra perspectiva. Es ya lugar común aducir que su relato perdió fuerza al ocuparse del indio de la zona oriental, eludiendo la presentación del problema social que, por aquellos años, constituía el indio de otra zona distinta a la selva amazónica (su propia zona de nacimiento, por ejemplo). Y aunque algo de razón tiene Navas Ruiz cuando dice:

"Export a situacao dos indios o rodeavam... supunhe uma ruptura radical com seus hábitos mentais o também com sua condicao de homem público. Qualquer tentativa de poetizar realidade tao cruel teria sido redícula. Mera recorre entao, a um dos processos com que o romantismo o brindava: a fuga no espaço. Procura un cenário desconhecido de seus compatriotas por mais que deles estivesse: a selva amazónica".⁷

al menos debemos admitir que por grande que fuese el desconocimiento de la zona amazónica, su paisaje, sus habitantes pertenecen al territorio patrio y no se puede comparar su alejamiento espacial al de Chateaubriand, que situó el escenario de *Atala* (1801) tan distante físicamente de Europa.

El tema del indio en la obra de Mera hay que conectarlo con una larga tradición que se remonta a los orígenes de la conquista y que se ha venido ocupando del aborígen desde diversas perspectivas: jurídicas, políticas, estéticas o filosóficas, hasta desembocar en la narrativa decimonónica por singulares causas.

La novela de idealización del indio es una de las facetas más manejadas dentro de la narrativa romántica, al igual que ocurre con el costumbrismo. Curiosamente, ambas tendencias definen el filón narrativo del ecuatoriano. Pero, **Cumandá** participa también de los rasgos de otras modalidades novelísticas, de la novela sentimental, al tratar una historia de amor frustrada, como **María**

7. Navas Ruiz, Ricardo: "Notas para o estudo de Cumandá", *Pressupostos críticos*; São Paulo, 1965, p. 63.

-aunque no es de asunto contemporáneo-; de la novela histórica, al utilizar como pretexto del meollo de la historia la sublevación de los indios de Guamote y Columbe, ocurrida a finales del siglo XVIII. A pesar de su carácter híbrido, rasgo frecuente de la novela decimonónica hispanoamericana, tiene un sello propio: el de la conflictividad racial. Por encima de influjos continentales o foráneos (Saint Pierre, Chateaubriand, Cooper), **Cumandá** está emparentada con una tradición americana: **Cecilia Valdés** (1882) de Cirilo Villaverde, **Francisco** (1880, fecha de publicación) de Anselmo Suárez y Romero o **Sab** (1841) de la Avellanada, obras que se plantean también una específica conflictividad racial. Pero la hostilidad indio-blanco cuenta, además, con unos precedentes concretos durante ese mismo siglo: **Caramurú** (1853) de Alejandro Magariños Cervantes evoca el conflicto de las razas charrúa y española, al tratar un idilio platónico entre un indio y una mujer blanca. Concuere da con Cumandá en la presentación de la belleza del medio natural en oposición a la civilización. En Magariños, la pampa; en Mera, la selva.

Venezuela, donde no existía prácticamente el indio sedentario, tiene en **Anaída** (1860) de José Ramón Yepes el mismo amor al paisaje local y a las costumbres indias que **Cumandá**, cuando recrea la disputa de dos caciques por el amor de la heroína.

En toda esta onda indianista, desarrollada ampliamente en el siglo XIX, influyó una doble herencia: la española, a través de la obra de cronistas y poetas; y la extranjera, principalmente francesa. A lo largo de los siglos virreinales, voces distintas alimentarán la llama surgida en pro del **hombre natural**. Las Casas, Ercilla, Garcilaso, los jesuitas desterrados, etc., contribuirían, con sus obras, al florecer del utopismo europeo que revertirá en el romanticismo hispanoamericano. Las Casas, con su encarnizada defensa y protección del aborígen, al que cubre de virtudes, se lamentaría del trato recibido por aquéllos; Garcilaso, con la presentación idílica del incario, manifestaría su nostalgia por la grandeza de una civilización perdida; Ercilla, en su apología de la resistencia y el valor del pueblo araucano, gestaría símbolos de gran perdurabilidad: guerreros soberbios e indómitos como Lautaro, Caupolicán, Colocolo; heroínas apasionadas y fieles en el amor: Guacolda, Tegualda, Lauca, Fresia. También en su obra se hizo eco de la queja social así como del colorido pintoresco en la celebración de asambleas o descripción de mitologías aborígenes. Recursos que volveremos a ver en las novelas románticas del indio. En el siglo XVII, dos humanistas, Clavijero y Cavo, en sus alegatos en pro de la capacidad del indio, se lamentarían de la destrucción y observarían cuidadosamente los errores europeos en su juicio de lo autóctono.

A toda esta tradición preocupada por la suerte del indio hay que sumar

el nacimiento de una corriente indianista en Francia, que perduró hasta fines del XVIII y que, inspirada en Las Casas y Garcilaso, tiene en Montaigne, **Los canibales**, 1580, su primer mentor. Con Voltaire reaparece todo ese sentimiento filantrópico por el indio, tanto su tragedia **Alzire** (1736) como su novela **Candide** (1759) son buenos ejemplos. Rousseau, aunque refuerza la idea de la superioridad del hombre natural frente al civilizado, influyó aún más por su concepción de la naturaleza, al asociarla a las emociones de los personajes. A través de Saint-Pierre y Chateaubriand revertirá toda la concepción rousseauiana de la naturaleza. En 1777, Marmontel escribe **Los Incas**, donde se tipifican ya algunos rasgos románticos que pasarían a las novelas de América (las tormentas, por ejemplo). Su obra circulaba ya por Hispanoamérica en 1835 y está considerada el vehículo transmisor de las ideas lascasianas y garcilasistas.

Pero quizás sean Saint-Pierre y el autor de **Atala** los modelos más significativos. La popularidad del vizconde de Chateaubriand fue tal que la primera traducción española de **Atala** fue realizada por el mexicano fray Servando Teresa de Mier en 1801. A lo largo de todo el siglo su prestigio se dejaría notar casi continuamente (el propio Mera lo cita en el prólogo a su novela), tanto en poesía como en dramas o novelas. Incluso en Ecuador, Olmedo se había inspirado en **Atala** para su "Canción indiana". Rodó, siempre atento al desarrollo literario de América reflejó con estas palabras la situación: "Al indio de la filantropía y las ficciones patriarcales sucedió el del amor interesante y melancólico; al indio de **Los Incas** y **Alzire**, el de **Atala** y **Les Natchez**".⁸

Con toda esta herencia, la novela romántica convertirá el exotismo paisajista en nativismo regionalista y, en el andar de los tiempos, el fraternismo utópico desembocará en protesta social:

"Imitando a Chateaubriand nuestros novelistas descubren el paisaje de América y lo interpretan con sentimiento lírico...; incorporan vocablos indígenas enriqueciendo así el lenguaje literario; acumulan datos sobre costumbres y tradiciones; dramatizan leyendas autóctonas".⁹

8. Rodó, J. E.: "El mirador de Próspero", en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1957, p. 711. Para el aspecto de influencia cfr. Concha Meléndez, *La novela Indianista en Hispanoamérica*, Ríos Piedras, 1961, pp. 38-64.

9. Alegría, Fernando: "Aspectos fundamentales de la novela romántica", en *La novela romántica latinoamericana*, La Habana, Casa de las Américas, 1978, p. 121.

Los frutos más logrados se sucederán a lo largo de la primera mitad del siglo.

Cumandá se inserta dentro de esta amplia corriente, iniciada probablemente con la obra del mexicano Lafragua, *Netzula* (1832). La explicación del fenómeno reside por un lado, en la concepción humanitaria y moralista del pensamiento liberal, heredero del concepto ilustrado del XVIII; y por otro, en la búsqueda de la expresión originaria y peculiar de América, afín al romanticismo. Si en el siglo XIX el mundo indígena es interpretado con los códigos de una cosmovisión cristiano-católica, posteriormente corrientes de pensamiento positivistas y marxistas suplantarán a las anteriores.

Cabría añadir por último cómo, con la Independencia, la suerte del indio no mejoró. El propio Mera nos lo dice en su novela: "Si las razas blanca y mestiza han obtenido inmensos beneficios de la Independencia, no así la indígena", para matizar a continuación: "para las primeras el sol de la libertad va ascendiendo al cenit, aunque frecuentemente oscurecido por negras nubes; para la última comienza apenas a rayar la aurora" (cap. VI). Lo dicho no indica que el vaya a ocuparse del indio de su tiempo, pues el episodio narrado sucede a fines del siglo XVIII y sus consecuencias se extienden hasta 1808, tiempo de la novela, cuando aún Ecuador no ha conseguido la Independencia. El universo indio protagonista de nuestra novela pertenece, pues, al pasado, fiel así a la lejanía temporal del romanticismo.